

3. VIDA SECRETA, ENSOÑACIÓN

Hace un tiempo infinito, en mi adolescencia, yo vi mi primera obra de teatro y me conmoví con ella. Una emoción distinta a la del cine, al cual era adicto, domingo tras domingo, desde la infancia inmemorial y memoriosa. Después de la obra, el director, emblema del teatro uruguayo, nos deslumbró con su retórica, tanto o más que los actores en escena. Una de sus frases quedó inscrita para siempre en el terreno fértil de mis trece años, en un pueblo del Interior (yo era pues “de afuera”, vaya uno a saber a cuál “adentro” remitía la expresión que segregaba a quienes no eran de “la capital”). La frase, tal como yo la retengo, con las deformaciones de los recuerdos distantes era: “El cuerpo se defiende mejor que el alma. Porque si no como, tengo una sensación de hambre, pero si no escucho a Mozart nada me avisa, sólo hay el silencio y la soledad”. Atahualpa del Cioppo tendría la edad de mi padre, ambos una prestancia que me impresionaba y desataba sentimientos que podrían ir desde la admiración más beata a la ira indescriptible por la seguridad que ostentaban, lastimando mis falencias con la experiencia y el saber que a mí me faltaban. Esta experiencia personal y singular del parricidio es un puente por el que todos transitamos, con mucha o poca conciencia de hacerlo.

Mi padre era un rústico hombre de campo que admiraba la cultura académica de la que él carecía, orgulloso de su agnosticismo, de su laicidad militante, que confiaba en la luz de la razón y de la ciencia contra el oscurantismo religioso; pero en el mismo gesto, este racionalismo iluminado arrastraba cierta opacidad que descalificaba toda emoción como sentimentalismo. Lo que importa de la anécdota, con la distinción entre el hambre de comer y el hambre de la música, es que rompía y ampliaba el racionalismo naturalista que profesaba mi viejo y me hacía descubrir la experiencia del arte, no como ornamentación accesoría, sino como algo que también atraviesa las entrañas. Aunque mi descubrimiento es algo ya sabido y trivial para la humanidad, está aquello del Fausto: “Lo que heredas debes hacerlo tuyo para merecerlo”, y para mí fue toda una experiencia de descubrimiento. Todo el mundo sabe que el amor se hace desde que Adán y Eva se cayeron del Paraíso, pero eso no obsta que cada uno tenga que reinventarlo como camino propio... y suele dar trabajo. En todo caso, lo que importa es relevar el carácter relacional, identificador, de mi adquisición o descubrimiento, a la vez íntimo

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA:

VIÑAR, M. (2009). "Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio". Montevideo: Trilce. [pp. 43-47]

y personal, pero que necesitó de otros encarnados para producirse. El sujeto no se produce sin el otro, en el borde entre creencia y conocimiento, y lo hace en ese espacio encarnado fundador de lo humano (¿pedagogía, transmisión, transferencia?); son fronteras difusas que interroga Graciela Frigerio.*

Décadas después de escuchar la reflexión del teatrista que me había deslumbrado, me enteré de que esto se conoce en psicoanálisis como intervalo entre el circuito de la necesidad y el del deseo, distancia entre las necesidades fisiológicas básicas y ese plus a veces discreto y otras desmesurado que nos hace humanos; sujeto de la necesidad y sujeto deseante, cuya coincidencia o disyunción es siempre una zona fértil a interrogar.

Que los histéricos hacen teatro es una constatación del saber popular conocida desde siempre, y la desmesura de los adolescentes en sus reacciones también lo es. Ambos fenómenos se asemejan. Sólo que la teatralidad es tratada peyorativamente como descalificación, y pocos se dan el tiempo y la paciencia para tolerarlo e intentar desentrañar el carácter expresivo, creativo, de la mimesis dramática. Como dice con humor Andy Warhol: “Todo el mundo tiene derecho a ser mundialmente famoso durante quince minutos”, aunque en realidad la megalomanía de la escena expresa y oculta la penuria identitaria de llegar a manifestar un “yo puedo ser y expresarme”, lo que nunca es una tarea fácil. Por otra parte, en la adolescencia, la distancia entre lo grandioso y la penuria es infinitamente pequeña, aunque esta paradoja sea parcialmente opaca para el propio sujeto que la vive. No como ocultamiento a los demás –lo que viene por añadidura–, sino como opacidad ante sí mismo. Es propio de la mente humana navegar entre dos aguas: una, la de la realidad cotidiana adaptativa; otra, de ensoñación, que transcurre y se transita no solo en lo que es, sino sobre todo en lo que se anhela y lo que se teme. Esta distinción le llevó a Freud, como es sabido, décadas de trabajo, y la complejidad del proceso es tal que nos hace aún debatir muchos puntos que son materia de controversia entre las causalidades racionales y las fantasmáticas. (En todo caso quiero subrayar que la distancia y la colisión entre estos dos espacios mentales –el adaptativo y el de ensoñación– suelen ser máximos en la adolescencia.) Voy a adherir a la justa y acertada síntesis que propone Luis Hornstein:

“Freud vinculó desde sus primeros trabajos realidad y fantasía. ¿Dónde terminaba una y comenzaba la otra? Esta obsesión por el problema de la verdad histórico-vivencial (esa fuente del Nilo que

en 1896 buscaba en ese trauma o serie de traumas) permaneció como cuestión abierta hasta el final de su obra. No se trata de oponer realidad a fantasía sino de articular acontecimientos históricos significativos con los montajes fantasmáticos que acompañan su representación psíquica. Además, lo que no es menos importante: ¿qué interpretación de lo vivenciado elaboró el sujeto, y en base a qué causalidades?

Ni la fantasía es una producción psíquica independiente de toda huella de acontecimientos vividos, ni existe un trauma exógeno en el que el acontecimiento puro se inscriba, indiferente del mundo fantasmático. Es una simplificación con consecuencias no desdeñables oponer la fantasía (invención psíquica autogenerada) al acontecimiento (hecho material en bruto)”.*

* * *

Buscando disipar o superar esa opacidad entre realidad y ensoñación, surge la necesidad de espejos que nos acompañen en la peripecia; brotan los diarios íntimos y/o los amigos confidentes, esos seres únicos y exclusivos, distintos a todos los demás, que contrastan con la indiferencia de los otros y dan pruebas de entendernos, de aliviar como una cataplasma la lacerante soledad, recortándose así un grupo de pares, que es la exclusiva porción del mundo que les interesa y vale la pena invertir. Lo demás es distante y superfluo. También es sabido que de esta ecuación surgen las marcas identitarias grupales que ya hemos mencionado: el mimetismo de la ropa, del peinado, del maquillaje y ahora en los tatuajes, los *piercings*, las músicas elegidas y la homogeneidad de consumos que suelen adoptar.

La diferencia entre la relación con un otro distante y ajeno (relación de exterioridad) y la proximidad participante del prójimo involucrado es sutil pero abismal, y los adolescentes hacen jugar caleidoscópica-mente esta diferencia, fabricando murallas o abismos entre ambos tipos de relación.

“Desasirse de las figuras parentales de la infancia –omniscientes y potentes”, dicen los textos de psicopatología, es un trabajo psíquico propio de esta etapa. Veamos más de cerca algunos itinerarios de esta peripecia, aunque ningún logos universal pueda abarcarlos y reducirlos a los esquemas habituales de rebeldía y sumisión, lo que no hace sino empobrecer la infinita singularidad de cada proceso.

Los procesos individuales y grupales de autoidentificación y de elección de anhelos, proyectos y destinos, tramitan ese desasimiento

* Comunicación personal.

* Véase Hornstein, Luis: “La historia para...”.

del crédulo mundo infantil, donde eran pensados por sus mayores. Historizar implica establecer conexiones de sentido, y esta capacidad es inversamente proporcional al sujeto en estado de máxima vulnerabilidad. Los padres y los valores de la generación precedente son el modelo o contramodelo, ya sea para sumarse y adherir, como, sobre todo y más ruidosamente, para oponerse y rebelarse, lo que en definitiva no son sino anverso y reverso de la transmisión generacional, inmersa en los cambios sociopolíticos de cada época y lugar.

Cada generación trae su promesa de novedad (Laurence Cornu), y más allá de las guerras del conflicto intergeneracional y los disgustos de la rebeldía adolescente, recordemos que allí reside una clave de lo que llamamos progreso de la humanidad o cambio civilizatorio. José Bleger ya había jerarquizado el valor creativo y de crecimiento de las crisis oposicionales del adolescente. Pero antes de la informática y la televisión teníamos mejor delimitados y discriminados los territorios de lo público y lo privado, y la crisis podía ser entendida como una peripecia interior del sujeto, expresión de los avatares de su conflicto psíquico que luego se derramaba en la trama vincular hogareña y social.

Hoy la gerontocracia ha perdido terreno y los dogmas y preceptos del orden adulto, antaño ostentados como la verdad oficial a la que someterse o rebelarse, la relación con la autoridad y sus representantes, están hoy en repliegue, con el rabo entre las patas: su arrogancia se ha vuelto timorata y el juvenilismo triunfante marca las reglas estéticas y éticas. Seguramente el paisaje es heterogéneo y variopinto, y es desde la moral salubrista propia de mi edad y oficio que yo sitúo mi atalaya. Adoptada esa perspectiva no puedo, por oficio, sino detenerme en algunos índices alarmantes, sin confundirlos con la totalidad del panorama y echar leña a los pronósticos catastrofistas o apocalípticos que siempre y desde siempre están en el orden del día cuando hablamos de adolescencia. El consumo ostentoso de sustancias psicoestimulantes, la promiscuidad de los hábitos sexuales, y su exhibición rompiendo la privacidad, parecen ser relieves salientes de la cultura adolescente actual. Este adelgazamiento de la vida privada parece ser correlativo, o al menos concomitante, con un empobrecimiento de la vida interior allí donde –recordando a Walter Benjamin– actúa el maravilloso pájaro del aburrimiento, de la ensoñación, hacía su lento trabajo de tejer la construcción de un sujeto y un proyecto de vida. Hoy, el tiempo vivencial parece comprimirse en las experiencias presentes, sin lugar para el ayer y para el mañana. Lo efímero prima sobre lo duradero. Veo en estos rasgos un contraste sustantivo con la mentalidad de nuestra generación, la que transitó su adolescencia y juventud promediando la segunda mitad del siglo XX. Nuestro espacio mental gustaba de proyectarse a largo plazo, el presente era un articulador de memorias y

proyectos, una visibilidad del surco entre pasados y futuros, en general con el sentimiento esperanzado de que el mañana sería mejor, más justo y más pródigo... De este sentir salía la motivación para una militancia política y una participación ciudadana que proveía un sentimiento de pertenencia, de albergar y ser albergado por un proyecto que nos incluía y trascendía. El lugar del entusiasmo y la pasión, que en esa edad es un ingrediente vital de subsistencia, está hoy ocupado por los géneros musicales actuales y por las tribus, que son los elementos de cohesión grupal y autoidentificación necesarios para procesar el desasimiento de las figuras parentales.

Retomar a propia cuenta y riesgo el saber precario y falente que hasta entonces estaba delegado y depositado con cierta seguridad en el mundo adulto, y normativamente aunque no siempre en las figuras parentales, es un arduo y largo trabajo, nunca exento de angustia y algarabía, con momentos de progreso y otros momentos tumultuosos y caóticos. Se puede discutir académicamente desde el psicoanálisis si el destino estaba trazado por la primera infancia, y la adolescencia no es sino la culminación del desarrollo infantil y sus conflictos no resueltos, o se puede encarar la problemática como discontinuidad y ruptura. Pensamos que ambas perspectivas son más complementarias que opuestas y la particularidad del caso nos puede inclinar hacia dónde subrayar el énfasis en el peso relativo de los factores. En todo caso la maduración genital programada desde el punto de vista neuroendocrino no debe ser entendida linealmente como la causa de los procesos psíquicos concomitantes, como el efecto de la tormenta hormonal.

Esta descripción genérica sirve de plataforma para retornar el ámbito del consultorio y a las formas de presentación de la angustia y del malestar en la clínica de hoy. Algunos adolescentes son como los de antes y despliegan una profusa narrativa de sus penurias y dolores, aunque guarden con pudor, recato o reticencia lo más nuclear e íntimo de su padecer. Pero otra porción significativa de ellos es incapaz de desplegar ese narrar interrogativo y autoteorizante propio de la mente humana, y ponen por delante un decir caleidoscópico de aconteceres en su cuerpo y en sus actos, como expresando la falencia de un fuero interior capaz de albergar y procesar en el espacio psíquico la angustia que los habita y los asedia, un decir catártico evacuativo en el que no es fácil localizar al sujeto que los padece. Este “decir” con valor de pasaje al acto ha resultado un desafío inédito para nuestra pericia de semiólogos, una experiencia que no nos ahorra desconcierto y perplejidad.